LA MUJER REAL

El estanque permanecía dormido. Con los primeros rayos del Sol, la mañana de invierno empezó a desperezarse. La luz del Astro Rey, huidizo en tiempo de frío, enfocó una orilla del lago. Agazapada, entre los espinos de acebo, se acurrucaba la Mujer Real. Tiritando, muerta de hambre, empezó a picotear entre los arbustos. Sus patas, más escuálidas que nunca, apenas sostenían un cuerpo, que parecía el de un cervatillo recién nacido. Los copos de nieve cubrían de una limpia blancura el universo de la mujer. Los témpanos de hielo surcaban lentamente el agua, como barcos de papel sin destino. Una frialdad polar se respiraba en el aliento de la joven. El vaho del único ser viviente se esparcía por el muerto estanque como el humo de una chimenea, manchando la atmósfera de una niebla perpetua. Los días pasaban, mientras la Mujer Real luchaba a duras penas por sobrevivir. En su cobijo, hecho de ramas desnudas, la joven permanecía casi en el más absoluto estatismo. Pero su mente era como una pantalla de cine, siempre en continuo movimiento sobre un fondo de technicolor. Los días se sucedían como el caer de los copos de nieve. Pero el Astro Rey comenzaba a hacerse el encontradizo, pues la gran estrella se había empezado a enamorar de la joven. Pensaba que con su luz, ésta saldría de la profunda inanición en la que estaba inmersa. Las semanas se consumían. Los espinos gracias a la luz solar dejaban entrever nacientes frutos silvestres. La Mujer Real podía alimentarse cada vez más. Sus patas iban

ganando solidez y fortaleza para poder sobrellevar un cuerpo cada vez más voluminoso y exhuberante. Mientras, de forma acompasada, la gelidez del estanque daba paso al escenario de una naturaleza cálida y sensual. Poco a poco el estanque se llenó de vida. Peces multicolores ondulaban por sus profundas aguas, mientras aves de las más distintas especies se comunicaban en sus variados cantos con la joven. El estanque había pasado del silencio de un ataúd de muerto al bullicio de una tarde de juegos infantiles. Y el Sol estaba contento, pues veía cómo su amada volvía a la vida que tiempo atrás había perdido. La mujer comenzaba a ser el aroma de un universo compartido. El momento había llegado. Cierta tarde el Sol brilló en el estanque como jamás lo había hecho. Sus potentes luces se enfocaban hacia una orilla del lago. Donde antes había vivido agazapada, en su nido de débiles ramas, la mujer sintió intensamente el calor del Astro Rey. Sobre sus fuertes patas, se levantó de la tierra. Alzó su cuerpo y extendió con suma majestuosidad una cola de colores que se asemejaba a la paleta de un pintor. Siete ojos tenía su voluminosa cola. Cada uno de ellos proyectaba la misma película en distinto soporte. Una película que quizás alguien viviese algún día como la mujer lo había hecho en un tiempo ya lejano de profunda desolación.